

De las buenas y malas lecturas

Por Jorge Luis Gómez
(jgomez@usfq.edu.ec)

La mejor lectura siempre es una herencia, un consejo. Los primeros libros son consejos de los padres o herencias de ellos. Todo depende del respeto que los padres tienen por el hijo, de cómo ellos valoran su disposición natural al saber, orientándola hacia donde el hijo se inclina y no hacia su propia vocación. Por eso decimos que todo depende de la madurez de los padres, pues en la entrega de buenas lecturas hay mucho más que cariño y amor, hay la manifestación de una igualdad con el otro. El hijo es un igual que merece respeto y esa condescendencia se manifiesta en entregar un enriquecimiento de su propia disposición, un crecimiento y un enaltecimiento de sí mismo.

Por lo general, la lectura de un buen libro empuja a cada persona a su mejoramiento, y es esta disposición la que se debe manifestar en los hijos y en todas las personas. Todo depende de la buena disposición que los progenitores o cualquier persona ve en la función que ha cumplido la lectura y los buenos libros en ellos mismos. Cuando una lectura proyecta los gustos y perspectivas de quien lee, cuando nuestros padres supieron ofrecernos lo más próximo a nuestras propias y naturales disposiciones, esa lectura nos proporcionará todo el sabor de lo que es nuestro. La mejor lectura es la que incentiva el ser más profundo de nosotros y lo educa en el conocimiento de sí mismo.

La mejor lectura es la que expresa una identidad y hasta una semejanza con el carácter del lector. El buen lector es aquel que siente la proxi-

midad con lo que lee, y toma esa enseñanza como una guía para su vida y para el crecimiento de sí mismo. La buena lectura representa un incentivo para el lector cuando este hace del texto un espejo de su propia vida y se identifica con él. Sin esta correspondencia entre libro y lector, sin esta armonía, sin este auténtico diálogo, la lectura se vuelve vacía de contenido y ajena como enseñanza, y no puede representar más que inercia y mera instrucción.



Mientras más joven es el lector, más pasión tendrá por la lectura, junto con un hábito que no le abandonará el resto de su vida. Por eso la lectura y la costumbre de leer y adquirir libros es una herencia familiar, pues los libros que disfrutaron nuestros padres son auténticos modos de continuidad y, como tales, herencias pasionales que difícilmente nos abandonarán, así como sabios consejos, los cuales nos impulsaron a hacer de los libros espejos de nuestras búsquedas

personales como construir y sostener nuestros gustos.

En este sentido, si las lecturas fueron heredadas de los padres, también las pasiones y gustos de los maestros despertaron en nosotros un nuevo motivo para pulir la confianza en nosotros mismos, afirmando y reconstruyendo lo nuestro, eliminando disposiciones ajenas, haciendo de nuestras pasiones y de su poder transformador el motor de las virtudes que nos acompañan.

Por eso la lectura tiene que llegar a ser una de las satisfacciones más completas y enaltecedoras de nuestra vida. Incluso la mala lectura tiene todavía valor, y debemos aprender a reconocerlo, ya que nos empuja a apreciar el buen libro como aquel que se aproxima con más ternura a nosotros, y al malo como el que nos aleja y nos provoca el abandono de sí mismos. No hay mejor manera de conocernos que cuando nos perdemos y nos abandonamos, motivados por aquellas lecturas que no nos corresponden.

Si las lecturas fueron heredadas de los padres, también las pasiones y gustos de los maestros despertaron en nosotros un nuevo motivo para pulir la confianza en nosotros mismos.